

Alcanzar el unicornio, recuerdos de un amigo de Juan José Arreola

GUILLERMO SCHMIDHUBER DE LA MORA | UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Resumen

Crónica de la amistad de Juan José Arreola y Guillermo Schmidhuber con información anteriormente desconocida que ilumina los últimos años del escritor. Se incluye testimonio sobre la celebración de sus ochenta años y sobre un drama escrito por Schmidhuber que presenta en escena su muerte, *Alcanzar el unicornio*.

Palabras clave: Juan José Arreola, Literatura mexicana, Teatro mexicano, Guillermo Schmidhuber.

Abstract

Chronicle of Juan José Arreola and Guillermo Schmidhuber's friendship with previously unknown information that lights on the last years of the writer. This article includes testimony about his 80 years celebration and about a play written by Schmidhuber that presents on the stage his death, *Reaching the unicorn*.

Key words: Juan José Arreola, Mexican Literature, Mexican Theatre, Guillermo Schmidhuber.

Para citar este artículo: Schmidhuber de la Mora, Guillermo, "Alcanzar el unicornio, recuerdos de un amigo de Juan José Arreola", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 51, semestre II de 2018, UAM-Azcapotzalco, pp. 149-156.

Viajar es actividad predilecta de casi todos los humanos. Salir de su ciudad natal para buscar algo fuera del terruño es destino de muchos. Sin embargo, algunos viajes alcanzan a ser míticos, como los de Ulises o Colón: De la misma manera los viajes del maestro Arreola han salido del mundillo personal y pertenecen a la memoria colectiva mexicana. Bien es sabido que salió de su original Zapotlán en tren, en el último día del año 1936, cuando tenía 18 años. Sin embargo, nunca logró olvidar su lugar de origen y a él regresó para preparar su muerte.

En ciudad de México hizo sus estudios de actor bajo la dirección de Fernando Wagner. Debutó profesionalmente en la puesta de *Nuestra Natacha*, del dramaturgo español Alejandro Casona, en la Universidad Obrera de México. Hizo amistad con gente del mundillo cultural, especialmente con Rodolfo Usigli y Xavier Villaurrutia. Repentinamente se mudó a Manzanillo, pero únicamente estuvo tres meses con su familia. En diciembre de 1940 escribe su primer cuento formal, "Noche de Navidad," que fue publicado por el periódico *Vigía* de Zapotlán el 1 de enero de 1941. En febrero de ese año vuelve a caer en la tentación de alejarse de su pueblo: va de nuevo por carro a la ciudad de México en compañía de dos primos y regresa a los quince días. Luego enferma gravemente. Fue entonces cuando conoció a Pablo Neruda en Zapotlán y pudo constatar el papel de un gran poeta.

Arreola regresó a Guadalajara en 1942 y laboró en el periódico *El Occidental*. Un año después conoce a un joven escritor,

Juan Rulfo, y ambos se convierten en lo que calificarían "la yunta de Jalisco" por la creatividad literaria compartida. En 1944 Arreola se casó con Sarita Sánchez y juntos fueron procreando tres hijos: Claudia, Orso y Fuensanta. Ese mismo año *la Comedie Française* visitó Guadalajara para presentarse en el Teatro Degollado. Allí conoció al afamado actor Louis Jouvet, quien le escribió al año siguiente invitándolo a estudiar actuación a París. Me contó que la última noche antes de su partida durmió en la cama de Virginia Fábregas, y con cara de pícaro contaba la anécdota que la actriz mexicana solía recostarse entre escena y escena para descansar sus débiles piernas en una cama colocada cerca del escenario. Su primer viaje a París lo llevó a cabo entre 1945 y 1946 a pesar de su reciente matrimonio; allí encontró a su amigo Rodolfo Usigli y a la pareja Elena Garro y Octavio Paz. Con ella entabló una amistad que duró toda la vida, pero no así con el poeta, a quien trató con lejanía prudencial.

Regresó a la ciudad de México e inició su trabajo editorial en Fondo de Cultura Económica. En 1955 el intento privado de un taller de cuento terminó en una aventura amorosa con Elena Poniatowska de poco más de veinte años; juntos procrearon a Emmanuel; sin embargo, la familia materna impidió que el padre conviviera con el infante. Juan José siempre conservó un desasosiego moral, aunque no fuera estrictamente un abandono paterno. Corría el año de 1956 cuando colaboró con la UNAM en el movimiento de *Poesía en voz alta*, en donde Paz presentó su única obra de teatro y Arreola fue nada

menos que el protagonista, Rapaccini. Allí volvió a ver a Elena Garro, quien estrenó varias de sus piezas con el apoyo de Arreola.

La obra literaria arreolana no es basta ni prolija, como prosista destacan *Varia invención*, 1949, *Confabulario*, 1952, y su única novela *La Feria*, 1963. Hubo un silencio escritural de más de tres décadas para que este autor publicara un inédito. Aunque siempre escribió poesía, fue hasta 1996 que editó *Antiguas primicias*, en la editorial del Estado de Jalisco cuando yo era Secretario de Cultura. También escribió teatro y afirmaba guardar cuando menos dos obras dramáticas sin editar que nunca me quiso enseñar. En una ocasión se negó a escribir un prólogo para el libro *Cuatro siglos de pintura jalisciense* (Cámara de Comercio de Guadalajara, 1996), presentando como argumento su imposibilidad de escribir. Yo me permití recordarle que le pagarían su trabajo profesional, y me pidió que yo escribiera el prólogo y que seguramente quedaría mejor así. Yo lo entrevisté para saber sus ideas sobre el arte jalisciense y guardé esas notas para lograr escribir ese prólogo. Posteriormente, le leí mi texto y quedé muy complacido. El libro salió con nuestro prólogo y el pago fue recibido directamente por Arreola sin miramientos.

Fue un hombre que cambió la palabra escrita por la palabra oral. Volvió a ser el juglar, el narrador épico que traía las noticias en las épocas en que no había medios de comunicación. No le bastó con las letras, necesitó la palabra bien dicha y mejor pronunciada, como un actor/ literato que más que sujetar el término en el papel, dejaba que las palabras volaran. Nadie en México ha llegado a hacer de la oralidad mayor

literatura, lo prueban sus programas de televisión tan populares, su jocosa intervención como comentarista en el mundial de fútbol y sus múltiples conferencias tan abundantes de público sobre todo joven.

Como Ulises regresó a Ítaca, y así Juan José Arreola regresó a su Jalisco de origen. Llegó a personificar al poeta urbano, necesario en toda ciudad que se precie de serlo, tanto en Guadalajara, como en Ciudad Guzmán, toponimia que nunca utilizó porque habían rebautizado a su Zapotlán y no lo aprobaba, mejor cantaba el nombre de su pueblo natal con las palabras paladeadas. En Guadalajara fue director de la Biblioteca Pública de Jalisco y también maestro del Departamento de Letras de la magna universidad, en donde gocé compartir tiempo y espacio magisterial con él.

Hicimos varios viajes juntos. Cuando se negó a ir a la Universidad de Colima para recibir el doctorado honoris causa, puso como condición que lo llevara yo y el viaje se hizo con su disfrute en el asiento al lado del chofer de una camioneta, mientras bebía un tinto español marca "Siglo", que era su preferido. Durante el camino el maestro afirmó: "Yo sueño con un Jaliscopimán porque somos realmente una entidad geográfica étnica y moral". En otra ocasión, se negó a ir a Zacatecas para recibir el Premio López Velarde... salvo que yo lo acompañara. Así que mi esposa y yo tuvimos que suspender todos nuestros compromisos para acompañarlo. Como siempre, él iba en la parte delantera al lado del chofer, y nos servía vino blanco a nosotros y tinto únicamente a él, sacaba las botellas de su portafolio y allí regresaban. Primero había maldecido por haber aceptado

y nos reclamaba que no reconocíamos que era un anciano y que se sentía exhausto; luego la conversación incitada por nuestras preguntas lo iba transformando para deleitarnos con una conversación sabia y colorida. A veces Claudia, la hija del maestro, nos cantaba en varios idiomas con su bella voz de mezzo. Al volver iracundo de Zacatecas, después de haberme regañado buena parte del camino, me abrazó cariñoso y me dijo: “De todos mis amigos, tú eres el príncipe”. Mi ira de vino en ternura.

Como secretario de Cultura de Jalisco (1995-2001) me tocó organizar dos homenajes al Maestro Arreola en Guadalajara, primero a sus 79 años –por un error suyo de suma– y luego otro a sus 80 años. En ambas ocasiones se conjuntaron personalidades y amigos tanto de la capital como de Jalisco. Los eventos tuvieron como marco la hermosísima capilla del Hospicio Cabañas. El público llenó el espacio y aplaudió cariñosamente a su artista. Cuando me vi en la necesidad de leer un texto en su homenaje, decidí recurrir a la creatividad más que a la sabiduría. Escribí una *Carta a Juan José Arreola*, como si yo hubiera sido un amigo de juventud en Zapotlán, antes de su partida. Cuando leí la carta noté cómo los ojos del poeta, tan poco orientados al llanto, dejaban correr varias lágrimas. Cuando terminé la lectura me dijo, “Cómo sabes tantas cosas de mí”. Toda la información salía de sus propios libros, de aquellos párrafos que yo consideraba autobiográficos. Aquí incluyo esa carta apócrifa:

Querido Juan José:

No se acostumbra mandar cartas a los amigos del pueblo. No hay cartero que lleve la correspondencia a Atenquique, ni a San Gabriel o Comala, pero tú te has ido más lejos. Te fuiste a Guadalajara y me dicen que quieres irte más lejos, a otros países. Aquí en Zapotlán todos te echamos de menos, siempre sentiremos que hay un vacío. Por mi parte, sentiré que *La feria* no será tan alegre. No sé si todos los que aquí viven te recordarán con tanto cariño como yo. Todo sea por Dios.

Fue una verdadera lástima que no hicimos la primera comunión juntos, tú te comiste una galleta y yo sí guardé el ayuno. Siempre recordaré que crecimos juntos, compartiendo los juegos, cierto es que tú creabas los juegos, pero yo era el que los jugaba contigo.

Compartíamos los dulces cuando llegaban de Colima y hasta compartimos regaños, cuando eras tú el que más los merecía. Como cuando fuimos al convento de San Francisco y nos hallaron con una niña. No estábamos ni siquiera en párvulos, íbamos nomás a acompañar a tus hermanas más grandes. Era el tiempo en que jugábamos el juego de tú tía Jesusita: “Cuando vayas a comprar carne, no compres de aquí, ni de aquí, ¡Solo de aquí!” y de repente nos hacía cosquillas debajo del arca. Pero nosotros cambiamos el juego, ¿te acuerdas?, comenzábamos desde el tobillo e íbamos subiendo por la pierna de las niñas despacito. Así fuimos creciendo.

Un día nos corrieron de la escuela porque hicimos un ejercicio de palabras de dos sílabas, que al juntarlas hacían malas palabras.

Zapotlán ya es una ciudad civilizada, con zona de tolerancia, caseta de policía y toda la cosa.

Hoy viernes 29 de septiembre de 1934 supe que partiste. No pude asistir a tu cumpleaños el 21 de septiembre, los dos cumplimos 16. Tú y yo ya somos hombres. Tu madre me dijo que te habías ido en el tren a Guadalajara. No llegamos ni a despedirnos. Zapotlán te quedó chiquito, como un día te quedará chiquito el horizonte tapatío.

En el tren que te fuiste no ibas solo. En tú maleta llevabas algo más que ropa, cosméticos y libros. Entre tus manos y tú corazón está ubicada tu memoria. En ella nos llevas a muchos que seguiremos pensando en ti. Allí llevarás los aromas de nuestro pueblo, los sonidos que señalan las horas, los sabores policromos de la pitaya, el sabor misterioso del arrayán y la guayaba, los sabores de las cocadas afrutadas, sobre todo la de piña que tanto te gusta, y también la cocada borracha y el rey de las cocadas, el alfajor. Y sobre todo el olor sabroso y refrescante del agua de lima.

También te llevas los murmullos, los ecos del cómo hablamos por acá. Nunca podrás olvidar las sonrisas de Alicia, Ofelia, de Conchita y de Luz. Ellas siempre te hicieron más caso que a mí, por eso yo debiera ser el que pensara en irme lejos. Por más que andes lejos, llevarás en tu nariz el olor de trenza de mujer joven.

Estoy cierto que nunca se te podrá olvidar Zapotlán, aunque llegues a ciudades grandes como Guadalajara, nuestra capital, y ¿por qué no? París y Madrid, y otras que ni yo mismo sé cómo llamarlas. En ese pedazo de tierra en donde Dios quiso que iniciaras la vida, descubriste la poesía, algo que a pesar de lo mucho que has ayudado, no llego a comprender. Aquí en Zapotlán fuiste actor en el teatro que está al lado de la iglesia.

Aquí también conociste la flora y la fauna, por ejemplo, los sapos que tanto te llaman la atención y que dices que son corazones tirados al suelo. También las aves de rapiña y el zopilote real, el búho y las pequeñas aves. Lástima que no tengamos camélidos, boas, focas, cebras, jirafas, hipopótamos y rinocerontes, y otras bestias de partes alejadas del mundo por las que siempre sentiste una gran fascinación, explícame por qué tienes tantos animales, ¿No te bastan los caballos, los burros y las gallinas? A mí, éstos me bastan y me sobran. Ésos que te gustan tanto, ni siquiera te los puedes comer.

Aquí en Zapotlán aprendiste a declamar y a hablar dibujando las letras en los labios. Yo nunca pude y hablo trapajoso como tantos de aquí. A pesar de que juntos aprendimos de memoria las poesías de Rubén Darío, de Enrique González Martínez y de Pablo Neruda, tú sí las comprendes y escribes cosas que se le parecen.

Juntos conocimos a ese gran señor Neruda en su visita a Zapotlán. Guarda siempre el soneto que escribió sobre Zapotlán. Nunca lo pierdas, y cada vez que lo encuentres, léelo de nuevo y piensa en nosotros.

Adiós, Juan José, te vas y nada será igual para mí. ¿Con quién voy a acompañarme para irme a confesar? Ya no te podré contar los pecados que oigo que otros confiesan. Tú te vas a hacer famoso como los toreros, mientras yo me dedicaré a la tierra y al maíz, y me casaré con alguna de las que hoy todavía suspiran por ti.

Sin ti todo será diferente, ya nadie me podrá descubrir la belleza de las cosas, como las pitayas que antes me las comía sin verlas, pero tú me enseñaste a contemplarlas primero, después a besar su carne y, por último, a plantarles la mordida. Todo lo hermoso seguirá aquí,

pero no habrá quien lo nombre. De ti aprendí a agudizar mis sentidos, pero nunca aprendí a nombrar las cosas.

Adiós amigo, cuando escribas algo, mándame una copia, para saber si por aquellas tierras hay los colores, los sabores y los animales de aquí. Vive muchos años y un día regresa a nuestro pueblo. Ese día será grande para Zapotlán y tú regresarás no sólo a tu pueblo, sino también a tu infancia. Te recordaré siempre.

Tu mejor amigo zapotlanense.

Entre los momentos más intensos de mi vida literaria, debo citar mis visitas a la casa del maestro y el banquete que doña Sarita y Claudia habían preparado. El maestro poco comía de las viandas, pero yo no hacía ningún desprecio. El vino tinto hacía chispeante la conversación. Cuando el maestro iba al baño, aparecía doña Sarita a preguntarme como buena anfitriona que si me habían gustado los platillos. Pronto partía porque no quería toparse con su esposo, a quien tenía años sin hablarle por una juramentación de silencio. Algunos lunes se le acumulaban sus pesares al maestro y me citaba porque sentía la necesidad de revelar a alguien sus secretos; cuando yo le sugerí un sacerdote culto, él insistió que mi compañía era lo que precisaba. Cuando yo me despedía después de esas largas sesiones, sentía que lo dejaba tranquilo consigo mismo. Era un cristiano que buscaba un Cristo sin iglesia.

En 1996 Arreola escribió a pluma en el Libro de invitados especiales de la Secretaría de Cultura, un texto brindándome apoyo a mis labores de promotor cultural:

Guillermo, te confieso aquí que desde que volví a Guadalajara, mi vida se ha vuelto un agasajo continuo... Y el encontrar aquí tu amistad y protección es un homenaje continuo, pero sí, no tengo más remedio que emplear la famosa palabra porque tu labor al frente de nuestras acciones culturales merece mi aprobación y apoyo incondicional. Tú sabes cómo y, cuán difícil es difundir la cultura oficialmente. Porque la cultura y su transmisión vienen a ser hechos individuales e íntimos. Gracias, Guillermo, por forma parte, contra viento y marea, de un equipo de personas inteligentes y trabajadoras que aman a partir de Guadalajara, Jalisco, y de sus pueblos, a México entero y a la cultura que es a un tiempo individual y universal.

El gobernador Alberto Cárdenas había dispuesto que se le pagara la renta de la casa del maestro. Era una casa linda con un jardín que el maestro describió como 'patio andaluz'.

El tiempo voló. Luego vino su enfermedad a consecuencia de una operación contra la hidrocefalia que lo postró en un letargo. Así como sus viajes fueron llevados a crónicas, su muerte fue altamente comentada por los medios en todo México. Asistí ya muy noche al velatorio y lo encontré pleno de gente. La universidad lo recibió en el Paraninfo para un homenaje póstumo; su familia y algunos amigos lo acompañamos a una misa. Cuando vi partir la carroza para la cremación, únicamente Orso y yo estábamos a su lado, pensé en el Ulises que iniciaba su último viaje. Cuando me subí al automóvil, en la radio tocaban el tristísimo *adagietto* de Mahler y por primera vez en ese día se me rasaron los ojos de lágrimas.

Como el dramaturgo que soy, escribí un drama que presenta el final del maestro Arreola, *Alcanzar al unicornio*; tuvo su premier en San Juan de Puerto Rico en 2006, bajo la dirección de Alina Marredo y como el maestro el afamado Walter Rodríguez. Se publicó en Argentina (Buenos Aires, Teatro Vivo, 2004) y en Monterrey (MONterrey, Universidad de Nuevo León, 2011).



En uno de los parlamentos sacados de mi imaginación, el personaje de la *Madre* dice:

Hija, hace un momento me preguntaste que cómo pude perdonar a tu padre. Te voy a contar un secreto. Cuando el número de sus desatinos era mayor de lo que podía digerir, en las madrugadas me sentaba a pensar frente a su sillón. Una noche cuando estaba ebria de mis pensamientos, sentí una presencia extraña. En la penumbra descubrí que en el sillón estaba un animal doméstico, blanco, primero pensé que era un gato, pero después vi que era un ser maravilloso, un unicornio. Me miraba con ojos de ternura que solicitaban amor. Si me acercaba, desaparecía; cuando se desvanecía su imagen, parecía que se refugiaba en mi conciencia,

porque desaparecía el laberinto de las palabras y ya no había rencores para seguir rumiando. Cuando perdía la concentración, el unicornio se esfumaba, todo regresaba a la normalidad, pero yo conservaba ese profundo sentimiento de sosiego. Luego me abrumaban los recuerdos tristes y tenía que buscar a mi unicornio. Cuando lo llamaba, no aparecía; cuando dejaba de citarlo, me sorprendía con su presencia... Por eso pude perdonar y por eso hoy me siento en paz. (182)

Y la *Hija* exclama: "¡Yo quiero ver al unicornio!" Al final del drama, su padre regresa de la muerte y narra lo que fue su último instante:

Hay dos cosas en la vida que nadie enseña: Amar y morir. No existe la universidad de la Muerte. Así como somos torpes con el primer amor, así somos torpes con nuestra primera y única muerte... Morir no es un evento instantáneo. Ya lo viví. Duramos en desaparecer. Nunca volveré a hojear mis queridos libros. Nunca moveré otra pieza de ajedrez. No volveré a escribir una línea. Ahora fue jaque mate al poeta. Me mataron la palabra. No volveré a besar a mis hijos, ni a mis cinco nietos. Ahora quisiera haber sido más cariñoso con mi esposa. Aunque quise recorrer caminos dulcísimos, en mi vida siempre sembré amargura. (185)

En 2009, mi drama también se estrenó en Brasil, en el teatro Lido en Juiz de Fora, con la dirección de Marcos Marinho y traducción al portugués de Bruno Fuser.



La biografía de Arreola es un cuento que narra su Amor a la Palabra. Ese dulcísimo Amor lo instó a convertirse en un Ulises por la movilización geográfica y en un alquimista por haber trasmutado con su magia la palabra hasta convertirla en un ser extraordinario, en un Unicornio. ¡Viva más de cien años Juan José Arreola!

Nota del autor: No se incluye bibliografía porque todo lo mencionado fue vivido por Juan José Arriola y Guillermo Schmidhuber. Mi obra de teatro puede leerse en: Schmidhuber, "Alcanzar el unicornio (Juan José Arreola)", en *Retratos teatrales*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 2011.